

*Quijote* y la *Iliada*, son hoy—a no ser para los comentaristas—y para espíritus exquisitamente literarios—, volúmenes decorativos. La multitud conoce apenas a Hamlet por verlo costantemente en oleografías, entre la nieve de un cementerio, con la calavera de Yorick en la mano. Y Fausto escaparía de nuestra memoria si no se nos presentase todas las noches ante unas luces a contarnos los anhelos de su vasta alma, al són de violoncelos, en arias y valeses que arrullan la melancolía de las mujeres.

Una cosa, sin embargo, queda de los grandes genios: el contorno legendario de su personalidad. Es como un retrato moral que se fija en la imaginación, y que se va reproduciendo al través de los tiempos; así vemos perpetuamente a Dante en sus largas vestiduras fúnebres, lívido y siniestro, contemplado con terror en las calles, como quien volvió del Infierno. Y esa imagen material torna al hombre de genio tanto más amado, cuanto que simboliza la actitud moral que su espíritu tomaba en servicio de la humanidad: así veneramos la figura de Voltaire, que invariablemente se nos aparece en su pol-